



VESTIGIOS DEL TRUENO

NEYBIS BRACHO





(...) La esperanza de que toda mi enfermedad sea una vigorosa autosugestión; que las máquinas no hagan daño; que Faustine viva, y dentro de poco yo salga a buscarla; que nos riemos juntos de estas falsas vísperas de la muerte; que lleguemos a Venezuela; a otra Venezuela, porque para mí tú eres, Patria...

Adolfo Bioy Casares
La invención de Morel (1940)



Vestigios del trueno

Vestigios del trueno

Neybis Bracho©

MAPA1 SocioCULTURAL

Línea de desarrollo: Los encontrados

ISBN: 9798651741533

Queda hecho el depósito que establece la ley.

Coordinación editorial: Eiro Rojas

Corrección: Roberto Antonio Casares

Diseño gráfico: Mariano Rosas E.

Portada basada en la ilustración La mirada del doble, del artista plástico Benito Mieses

🌐 fondodelsur.com

🐦 📧 📺 📱 @fondodelsur

✉️ ella@fondodelsur.com

☎️ 58+416-9336058 / 212-4146750

Editado en la República Bolivariana de Venezuela
Caracas, mayo 2020

Vestigios del trueno

Neybis Bracho



Carora

Neybis Bracho, amigo y poeta. Hay en él la medara del poeta, allí está su palabra, gravitando en la estela que deja la obsesiva búsqueda. Ex Corde.

Ramón Ordaz

Saludo el poemario de Neybis con la certeza de que en él vive y alienta la caligrafía del temblor que cobija el asombro, humilde talismán de la poesía.

Gustavo Pereira

Palabra ardorosa la del poeta Neybis Bracho. Encendido color en la memoria, en su río interior, ferviente.

Edmundo Aray

Logra Neybis Bracho la intensidad necesaria en el poema y abre gargantas con su letra. Despliega párpados y mece a la vida en la cuerda que frágil la sostiene.

Orlando Pichardo

*Creo que el fuego siempre le acompañó,
desde muy joven con la misma vehemencia
y fogosidad de su trabajo poético.*

Mireya Krispin

*Neybis Bracho desteje un péndulo en el que
ir o no ir, vadear con la locura la espalda de
un río, de un pájaro, de una montaña, es
búsqueda y afirmación de amor. Su poesía
es un grito de guerra vuelto añicos por el
horno de una mujer con boina en el sueño,
un pedazo de sal.*

José Barroeta

Los poetas que me vieron crecer,
como cometas se han fugado, más yo
intacto los abrigo en la palabra...

A ellos este palpitar del aún.

Apenas un *vestigio del trueno*

Umbrales del trueno

Quizás sea posible pensar que la belleza o la armonía del mundo no existan por sí solas, sino que dependen de la mirada que se obtenga de ellas, o bien que los fenómenos que acaecen en él sean independientes de nosotros, aun si estos se acercan a fuerzas destructivas o a fuerzas generatrices. En este sentido, la esencia del mundo que indaga la poesía, en su tentativa de acercarse a esos fenómenos, es de naturaleza ambigua; depende tanto del comportamiento de la naturaleza como de quien se acerca, con mirada de asombro, a averiguar cómo se transforman esos mismos acontecimientos en actos perdurables. Existen personas que parecen destinadas a ese ejercicio del asombro, y asumen ese rol desde temprano y sin vacilación, para que tales esencias no escapen de su observación o su mirada. Hago esta observación general del fenómeno estético o filosófico, que pudiera ser válido para cualquier mirada creadora.

Desde hace algunos años, contamos en la poesía del estado Lara con un joven que se adhirió a nuestras aventuras por la palabra con un entusiasmo inusual. Se llama Neybis Bracho y se formó al calor de la

compañía del poeta Orlando Pichardo, quien fungió de maestro de aquel joven bardo. Lentamente se fue familiarizando con este oficio de riesgos existenciales que implicó, primeramente, una seria entrega al oficio de escribir y una identificación con el vivir libre, con la celebración amistosa de la música, el buen trago, las lecturas en bares, los enamoramientos de la existencia libérrima, la revolución social y sobre todo del cultivo de la amistad, el más maravilloso invento del hombre, como bien lo definió Aquiles Nazoa. En sus andanzas con Pichardo, Álvaro Montero, Antonio Urdaneta, Eddy Rafael Pérez, Jesús Enrique Barrios, y sembrado en las lecturas de sus paisanos caroreños Elisio Jiménez Sierra, Luis Alberto Crespo, Alí Lameda y otros maestros anteriores como Roberto Montesinos, Egidio Montesinos, Hedilio y Alcides Losada y tantos otros nombres de esa tierra de escritores signados por recios avatares políticos y existenciales, como Cecilio Zubillaga y Antonio Crespo Meléndez, Neybis ha asumido con respeto el legado de sus paisanos, y ha abierto su sensibilidad a grandes maestros venezolanos como Ramón Palomares, Gustavo Pereira, José Barroeta, Víctor Valera Mora o Edmundo Aray, y en fin, a todos aquellos poetas de la pandilla Lautréamont de quienes bebimos todos nosotros en aquellos rutilantes años de la *República del Este* en Caracas, y según parece extendieron su influjo a otras

generaciones de las que nos sentimos orgullosos, y la cual seguramente representa también Neybis Bracho, desde una personalidad forjada en la difícil cotidianidad del hombre sencillo, del campesino, el obrero, el trabajador que sufre sus fatigas cotidianas, con quien se ha identificado Neybis en sus luchas sociales trabajando con movimientos revolucionarios, al tiempo que ha venido intentando una escritura dominada por fognazos metafóricos, por las imágenes deslumbrantes, casi barrocas, de su poesía, fraguadas con un entusiasmo que se advierte desde las primeras líneas en este libro *Vestigios del Trueno*, donde se conjuga una buena cantidad de textos dedicados algunos a sus amigos o maestros (Pepe Barroeta, Lydda Franco) o a figuras latinoamericanas como Violeta Parra. Aquí el poeta, a la manera de un juglar, va acompañado de su guitarra o de su mandolina para cantar sus asuntos, sus vinos, sus aventuras nocturnas, su casa, sus amores. Hablando de casas y amores, tuve la suerte de ser huésped en su acogedora casa al lado de sus hijos Simón Ali, Ernesto Salvador y su musa Juliet. De entre estos textos llamo la atención sobre “*La casa de ayer*”, donde el poeta logra una expresión depurada acerca de su origen. Se pudiera decir que Bracho está cautivado por un romanticismo consustanciado a su mirada, pues se abre a los temas centrales de ese

movimiento: la pasión, la celebración, la fugacidad, el sueño, y sobre todo, a la noche. Dice el poeta:

Aquí dejo todo
La montaña y el recuerdo
El pasto voluptuoso del campo
Germinando germinando
Floreciendo este canto del corazón y de la noche.

Por ahí me dedica Neybis un poema que hace alusión al corazón del cocuy –ese manjar que llaman *Penca*– desde donde se ha construido una cultura raigal en los estados Lara y Falcón, con la cual me identifico por sentirme yo deudor de una tradición de campos y solares de donde surgen los frutos de la tierra, los saludos de los pájaros, las nerviosas lagartijas donde convivían desde la guanábana hasta el semeruco, desde el limonero hasta las granadas y las acacias, que surgen sobre todo cuando pienso en mis dorados años bohemios vividos en esos traspatios que, con sólo recordarlos, mi pecho se inflama emocionado.

Casi todo este libro discurre entre los encuentros con la tierra, el paisaje, las remembranzas familiares, la casa materna, los amigos, la revolución.

Me gustó el poema “*Barro*”, lograda pieza donde el oficiante se pregunta al final: “*Dentro del barro, ¿Dónde queda mi soledad?*”. También me gustó otro

que hace alusión a la lucha revolucionaria: *“Bajo la lluvia está mi fusil”*, el cual me toca pues ingresa en una lírica de difícil ejecución, como es la lírica revolucionaria de la cual son altos exponentes Roque Dalton y Víctor Valera Mora. En tono viril dice el poeta: *“Bajo la lluvia está mi fusil / tómalo y emprende de nuevo la canción.”*

En fin, Neybis Bracho se mueve con aplomo entre las utopías que conforman su mundo: el amor, la revolución, la bohemia. Su tono dionisiaco no lo abandona; mas bien potencia su voz, la multiplica por varias estancias de su hacer. Su voz parece ir siempre en crescendo, de tal modo se inflama para nombrar los elementos de su mundo.

Saludo éste sonido de su verbo desde este umbral, tomando la palabra prestada de Don Chío Zubillaga, –como bien me aseveró Neybis, para referirse a los prólogos– el gran maestro de los caroreños revolucionarios, para acompañar a nuestro poeta en su aventura, no sólo por la aparición de su libro –que de seguro será significativo dentro de la actual lírica nuestra– sino también para celebrar una amistad signada por esas tierras sorprendentes de Carora que se han multiplicado por variados paisajes de nuestro país, haciendo valer un verbo cargado de iluminaciones, en donde conviven nuestros sueños y nuestros fervores nocturnos, multiplicados en la imagen sonora

del trueno y de sus ecos que quedan estremeciendo el cielo, una vez que han saludado al gran firmamento con sus sonidos presagiosos.

Gabriel Jiménez Emán

Del corazón y de la noche

Bienvenida la noche

Aquí estoy de nuevo
Como los vientos de una antigua balada
Mírame y cántame para no despertar las luciérnagas
Aquí abro con las voces la taberna de mis profanas
alegrías
Siéntate y escucha la espuma de la cerveza
Somos los espectros de una flor detrás del sol
Nada en tu nombre marchita
Nada envejece
Si bailamos sobre los escombros del corazón
Es porque tú y yo ganamos la misma guerra
Y emprendimos este canto
Como la meta de vencer sin treguas
Embriagarnos hasta el olvido
Bienvenida sea la noche
Nuestra noche.

La canción sale a caminar

Con Lydda Franco Faría

Todos los pájaros vienen como lluvia
Una manada de sueños puebla la sonrisa en cantos
Así eres tú compañera
Sonrisa en vuelo
Boina en alto
Brisa amaneciendo como río en la memoria
Así eres tú, guerrillera
Libro abierto sobre las cayenas de la vida
Montaña llovida para esta canción
Así eres tú. Con tus pasos
Andando, andando, sin tregua hasta el horizonte

Esta historia que se bebe el tiempo

Quiero decir sobre todas las cosas
Que tu piel viene del otoño en busca de la noche
Y yo le bajo una estrella como traficante de fábula
Quiero decirte sin tactos en las sombras
Bajo juramento de frías botellas
Que todas tus baladas fueron escritas en tus manos
Y las caderas del tiempo perfecto
Se transcribieron en mis voces
Solo tú conoces mi íntimo calendario
Donde guardo tormentas y asombros
Azules guitarras que suenan a lunas
Que resuenan a soles
Que se van con las horas y vuelven a su origen
Como pájaro, como río, embriagados y sin penas.

Mi guitarra lleva tu nombre sin olvidos

A Violeta Parra

Esta ciudad alimentada de nubes
Desplegó en tu memoria una sonata
Una flauta de calles, un río envenenado de olvidos
Aguas abajo se fueron los tiempos
Solo tu nombre me rescató del cruel abandono,
Del polvo, de la gris tonada
Con la dulce desnudez de la bandurria
Germinaste los colores y me fui hacia el Sur de tus
pechos
Que nadie detenga este volar de poeta vivo
Déjenme desandar los pueblos de tu mirada
Como fiel anacoreta fundare bajo tu piel
Un satélite lleno de rockola
Para escucharte, sentirte como eterna melodía
Fundiré con mis huesos el siglo
Para que solo suene tu guitarra de mujer enamorada
Y sea tu nombre mi planeta, mi salmodia
Todas mis estaciones.

Hoy levantaré las nubes en mi copa

Sobre las caracolas marinas
Surgen de nuevo estos cantos idílicos
Somos bajo cualquier imperio lujurioso
Ulises utópicos que se enajenan entre profanas
vírgenes
Hoy la copa de mis sueños
Pretende embriagarme con las nubes de tus labios
Dejarse llevar por el licor húmedo de los enigmas
Y en cada isla escuchar la salmodia de la muerte
Mas el mástil de tus piernas me ata a la vida
Multiplica las aguas infinitas de los deseos
Abre los continentes de tu cuerpo y paso
Hoy levántare las nubes en mi copa
Porque así está escrito
Y me desangro en tu memoria.

Mis libros

Cierro la jornada al vuelo de los loros
Y nace el libro
Bastión de halos, alma de agua y tierra
Cada página desliza un sol
Abre todas las lunas
Llenas de mágicas palabras
Lluvia de letras son sus colores
Que lavan las sombras y florece la visión
¡Ah! El libro
Faro, vigía de mis caminos
Balsa nocturna de mis sueños
Árbol primaveral sin miedo a los otoños
¡Mis libros! Como llenan de vida esta vida misma
Que me lee y la escribo.

La casa de ayer

En esa casa ya no hay tiempo de vivir

Nocturno Río

Aquella casa

Anocheció por dentro

Perdió sus voces de rincón amanecido

Las arterias de cada dintel

Todo ha perdido

Hasta sus grietas de soltar destellos

La casa de paredes altas

Se zambulle de penas

En el ocaso de un día olvidado

No es ya de sol

Solo la noche sin estrellas la viste

Y la sepulta.

Para no morir con el cuchillo entre los dientes

Aquí estoy de nuevo
Como los vientos de una antigua balada
Vengo de una larga sombra lloviendo tus visiones
Anocheciendo sudores
Caminando lunas sin desdén entre tus ojos
Mi sangre busca el origen de la tierra
Y son las venas de tu tiempo el principio de este canto

Aquí dejo todo
Me quedan la soledad y tu alegría
Para no morir con el cuchillo entre los dientes
Aquí dejo todo
La montaña y el recuerdo
El pasto voluptuoso del campo
Germinando germinando
Floreciendo este canto del corazón y de la noche.

Como un testamento del amar

Clara como una laguna encantada de Calderas
Azules como los cuatro cielos de Carora
Suave como las nubes irrisorias de las delicias
Verde como las amadas montañas del combate y la natura
Violenta como tus serpientes nocturnas en el lecho
Frágil como tus ojos en las frías miradas del amor
Primeriza como el estremecimiento de tu cuerpo
Como la fuga de los pájaros y las estrellas y los ríos huracanados
Y las piernas en flor y las lluvias sedientas y los sudores prometidos y las inquietas manos perdidas en la sombra y las banderas en tu ombligo y los cristales multiplicando tus acciones y las sábanas ocultando nada y las uñas clavadas en el gemido y los dogmas amando y amando y las botellas vacías y los desnudos clandestinos y las luces en olvidos y un libro acariciado por tu tempestad y el perfume confundido en olores y la piel y las lágrimas y el silencio y la noche dando la vuelta como este planeta noctívago y tras-